

Alberto Sato: profesor emérito

Carlos Peña
Rector UDP

La Universidad Diego Portales ha decidido conferir al profesor Alberto Sato la calidad de profesor emérito.

El adjetivo emérito que de aquí en adelante lo acompañará en los quehaceres que, confiamos, seguirá realizando en la universidad, designa, cuando se repara en su etimología, a quien ha completado su tarea, pero no en el sentido de haberla acabado, terminado o concluido sino en el sentido de haberla culminado, de haber alcanzado, al ejercerla, la cima de su disciplina.

Por lo anterior, cuando la universidad concede al profesor Sato la categoría de emérito, quiere reconocerle el aporte inestimable que ha hecho a la universidad; pero sobre todo la forma en que él ha concebido su quehacer, la manera en que ha entendido la arquitectura impregnando con ella a los cientos de estudiantes que han tenido la suerte de asistir a sus clases y recibir su influjo.

¿Cuáles son los rasgos principales de esa concepción de la arquitectura que se puede encontrar en los escritos que ha compuesto, en las conferencias que ha dictado y en las clases que ha impartido?

En la concepción que de la arquitectura posee el profesor Sato resalta especialmente la forma en que él vincula dos aspectos que configurarían a la arquitectura: la experiencia del espacio, por una parte, y la historicidad, por la otra.

Uno de los prejuicios más extendidos, a los que las personas comunes y corrientes suelen aferrarse, es aquel según el cual el espacio nos preexiste a todos y está allí fijo, quiescente, inmovible, desde antes siquiera que algo humano hubiera aparecido. A menudo pensamos que habitar consiste simplemente en llenar o en cercar el espacio, en colmarlo de objetos o de cosas o de instrumentos que nos aligeran la vida. Parece entonces como si el espacio fuese un contenedor, un depositario de útiles, un ámbito neutro cuya única vocación fuera ser llenado o transitado.

Pero a pesar de esa creencia tan arraigada, la verdad es que el espacio existe o se crea solo allí donde un acontecimiento significativo captura e imanta nuestra atención organizando en derredor suyo lo existente. Solo allí donde hay una iglesia, una plaza, una casa, una universidad, aparece el espacio como una experiencia humana, de donde se sigue que la arquitectura es un quehacer que, en vez de construir edificios, configura experiencias. Y es que es propio de la experiencia humana organizar el mundo en derredor de un sentido, y, así, las cosas están cerca o lejos según la importancia que revistan para nosotros o según el significado que lleven adherido. Cuando las cosas no nos importan, cuando carecen de sentido, apenas configuran un fondo indiscernible sobre el que se destaca aquello que sí nos interesa. Todo lo que existe retrocede, incluso visualmente, cuando vemos algo que de veras nos interesa, la vista entonces enfoca a esto último y transforma todo lo demás en horizonte, en bastidor. Baudelaire, como ustedes sin duda recuerdan, sugirió que lo más propio de lo humano era la búsqueda de la inmensidad. Sólo cuando los seres humanos logran atisbar la inmensidad, alcanzan, dijo Baudelaire, la experiencia de una cierta grandeza íntima. Pero la inmensidad sólo se alcanza sobre un fondo finito que la refleje, que la indique y nos ayude a no olvidarla. Por eso al modificar el espacio, al intervenirlo, los seres humanos no sólo hacemos el esfuerzo de alojarnos con mayor comodidad en este mundo, también buscamos que el espacio nos muestre su vastedad, su infinita amplitud, para que

de esa forma cada uno de nosotros pueda hacer la experiencia de lo verdaderamente íntimo. Esta es la razón de porqué Sloterdijk en su famosa trilogía Esferas, declara que los “seres humanos son ellos mismos un efecto del espacio que crean”.

Si el espacio fuera inmovible, nunca podríamos experimentar su vastedad, nunca lo percibiríamos como algo distinto a nosotros, nos confundiríamos con él y así nuestra misma identidad se nos escaparía. En el momento de esa aparición, cuando el espacio se modifica y se transforma, cuando la visión se interrumpe y el horizonte dejó de ser lo que hasta hace poco era, cuando delante de nuestra vista se cruza de improviso una edificación con fines de permanencia, una iglesia, un edificio educacional, o lo que fuera, los seres humanos tenemos la oportunidad de hacer la experiencia de lo vasto y sobre ese fondo somos, por fin, capaces de reconocernos.

Gracias a ese significado que deriva de nuestra situación vital, experimentamos el mundo con familiaridad y no como un territorio hostil. El significado estructura el espacio y a la vez este último transmite un significado.

Cometeríamos, sin embargo, un error si pensáramos que ese significado proviene de la subjetividad del arquitecto, como si él, al modo de un autor libérrimo, simplemente lo escogiera. Como en alguna de sus conferencias ha observado el profesor Sato —pienso en una especialmente brillante sobre la arquitectura chilena— el significado de que es portadora la obra es fruto, en buena medida, de la historia en medio de la que brota, de la historicidad que nos constituye, lo que recuerda algo que observó alguna vez Gadamer, la historia no nos pertenece: somos nosotros los que pertenecemos a ella.

Por eso la aparición de un edificio, de una torre, de una casa, o, al revés, su desaparición, es un acontecimiento hasta cierto punto poético en el sentido originario de esta palabra (poiesis según Aristóteles significa traer algo a la existencia) y no meramente técnico, es decir, se trata de un origen, de un acontecimiento en el que precipita una determinada circunstancia histórica, una cierta concepción del mundo que habitamos y que nos constituye, y no de una simple reiteración fabril de algo que le preexiste. Y por eso también, como el profesor Sato ha subrayado, la ciudad es un verdadero archivo de los mundos que nos precedieron, de esas formas de habitar que por algún motivo hemos dejado atrás y que, sin embargo, a pesar de nuestro empeño nunca podemos definitivamente abandonar. Bien miradas, las ciudades nos permiten también experimentar algo que suele sernos negado por el tráfico de los días: se trata de la simultaneidad del tiempo que la multitud de capas superpuestas que coexisten en la ciudad ponen de manifiesto, y que asoman en los despojos por los que alguna vez circuló la vida y la cultura, y que, no obstante, a pesar de haberse apagado y de haber languidecido en medio de la ilusión del progreso, todavía siguen influyéndonos. Por eso una de las analogías más iluminadoras que uno puede encontrar en la literatura es la que alguna vez sugirió Freud fruto seguramente de su recuerdo y delectación por Roma (y que Walter Benjamin reitera una y otra vez): aquella de que la ciudad es como una metáfora de la memoria, una serie de capas superpuestas cada una de las cuales pretende borrar a la anterior, pero sin lograrlo nunca del todo, porque las trazas antiguas siempre subsisten, como si la ciudad fuera una escritura que arrastra consigo las otras escrituras que quiso inútilmente tachar y decolorar, motivo por el cual, como dice Kavafis en el famoso poema, la ciudad irá siempre en ti, encanecerás en ella y no tendrás otro sitio u otro hogar.

Esas ideas que acabo de recordar —y que de una forma u otra asoman en la reflexión del profesor Sato— son las que explican la índole constitutivamente pública de la arquitectura y el diseño que él ha subrayado con persistencia.

Hoy se suele incurrir en el error, o quizá sería mejor hablar del prejuicio, de confundir lo público con lo estatal. Esa confusión olvida o ignora que lo público desde antiguo ha sido el lugar donde se configura el mundo que tenemos en común, algo que los antiguos entendieron se efectuaba mediante el ejercicio de la palabra, pero no de la palabra dicha en cualquier sitio, sino la palabra pronunciada en ámbitos especialmente diseñados y contruidos en cuyo derredor se erigía la ciudad, motivo por el cual lo privado siempre se definió por referencia a ese otro ámbito primordial que se deliberaba y se erigía. Hablar de arquitectura privada solo tiene sentido cuando se atiende a la forma de su financiamiento; pero no tiene ninguno desde el punto de vista de su índole más propia. Pasa con la arquitectura lo mismo que con el lenguaje: así como un lenguaje privado es un perfecto sinsentido, así también una arquitectura privada es un absurdo puesto que un mundo en común —Sloterdijk de nuevo— es algo más que una simple multitud de casas, es una malla de significados de la que las edificaciones son los signos que les confieren plausibilidad. La arquitectura al modificar el espacio, alterar la línea del horizonte, modifica también para todos el mundo que tenemos en común y al ser portadora de un significado modifica también la forma en que lo concebimos:

Sería una grave simplificación —afirma, por ejemplo, en uno de sus varios textos el profesor Sato— decir que la ciudad es el *Mall*, pero este no deja de ser una de sus metáforas contemporáneas. “(En el Mall) obreros uniformados manipulan sus máquinas con detergentes y ceras sobre pisos relucientes; a la vez que otros, también uniformados pero persuasivamente armados, velan por la paz y seguridad de los transeúntes y comerciantes, siempre listos para prevenir cualquier atentado contra la propiedad u otras actividades que (...) constituyen evidencias molestas de un subdesarrollo que se intenta negar; en el centro comercial existe un particular celo por evitar al mendigo, al buhonero y otras especies ‘espontáneas’. La eficiencia del ‘aseo urbano’ y la vigilancia y protección ‘ciudadana’ están presentes[...] Al igual que en la ciudad, concluye el profesor Sato, están regulados el ‘uso del suelo’, reglamentado el tipo y cantidad de actividades, determinada la gráfica urbana de los anuncios publicitarios y por fin, ‘cierra’ sus murallas a la hora que sus dueños disponen”.

Esa vinculación entre el mall y la ciudad, o mejor todavía el mall como metáfora de la forma en que concebimos la ciudad y de esa forma el mundo que tenemos en común, no es propia desde luego del capitalismo contemporáneo puesto que, como se sabe, y una multitud de investigaciones lo pone de manifiesto, el origen de toda ciudad es el comercio, el intercambio, que desde su origen tuvo por objeto intercambiar mercancías y al hacerlo, como nos lo recuerda el famoso ensayo sobre el don de Marcel Mauss, se erigen formas de sociabilidad y se crean lazos entre quienes al vender y comprar constatan que son semejantes y que pertenecen al mismo mundo.

Quizá por eso las edificaciones sean el rastro más peculiar de la cultura y por eso las ruinas, al lado de los libros, los inventos, las fantasías y los sueños, son las que nos dicen más que ninguna otra cosa cuán empeñados estamos los seres humanos en dejar un rastro de nuestra existencia por la vía de modificar lo que de otro modo sería pura naturaleza o simple vacío.

Hay que agradecer entonces al profesor Sato —y la distinción que ahora le conferimos es una modesta manera de hacerlo— la forma en que él ha reflexionado sobre la arquitectura, mostrando que ella no es un simple útil, sino una de las formas más persistentes y flagrantes en que se expresa la condición humana.